

DEL CONOCIMIENTO Y ENSEÑANZA DE LOS INDIOS, SEGUN JOSÉ DE ACOSTA

ALEJANDRO SANVISENS MARFULL
Universidad de Barcelona

ESCUELAS DE EJERCITACIÓN Y CONDUCTA

Tenemos algún conocimiento del sistema de crianza que algunos pueblos indios americanos tenían y transmitían de generación en generación. Según esto, los modos de enseñanza de los indios americanos, especialmente por lo que se refiere a la juventud, se ponen de manifiesto, si no en toda su extensión, por lo menos en grado suficiente para que podamos pensar y hablar de una pedagogía subyacente en ciertos pueblos de la América precolombina.

El jesuita José de Acosta (1539–1600)¹, que vivió en Centroamérica y en América del Sur y conoció directamente los usos y costumbres de los indios americanos, en su valiosa *Historia natural y moral de las Indias* (Sevilla, Juan de León, 1590)², en el libro sexto, capítulo 27, trata *Del cuidado grande y policía que tenían los mexicanos en criar la juventud*. Dice textualmente así: «Ninguna cosa más me ha admirado ni parecido más digna de alabanza y memoria que el cuidado y orden que en criar sus hijos tenían los mexicanos. Porque entendiendo bien que en la crianza e institución de la niñez y juventud consiste toda la buena esperanza de una República (lo cual trata Platón largamente en sus libros *De Legibus*), dieron en apartar sus hijos de rega-

¹ José de Acosta, cosmógrafo e historiador, de la Compañía de Jesús, nació en Medina del Campo hacia 1539 y murió en Salamanca en 1600. Después de enseñar Teología en Ocaña (1571), pasó a las Indias occidentales, residiendo en México y en el Perú, donde fue el segundo provincial. De regreso a España, llegó a ser preposito en Valladolid, visitador de Aragón y de Andalucía y rector de Salamanca. En Roma, donde estuvo, el Pontífice y los cardenales le consideraban el más sabio de la Compañía. Parece que el rey Felipe II le consultó en varias ocasiones. Escribió diversas obras, algunas de las cuales se han editado varias veces.

² Esta obra, elogiada —entre otros— por Humboldt, debido a sus aportaciones cosmológicas, valió a su autor el título de *Plinio del Nuevo Mundo*, denominación que, por las mismas razones, se dio también al historiador de Indias Gonzalo Fernández de Oviedo. Además de la edición príncipe sevillana de 1590, se reimprimió en Barcelona en 1591 y hay varias ediciones en Madrid, como la de 1608 y la de 1792. Se hicieron diversas traducciones. Entre las ediciones importantes de este siglo hay la de E. O'Gordon, México; Fondo de Cultura Económica, 1940; y la del P. F. Mateos, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, t. 73, 1954; o. ed., Madrid, 2 vols., 1972. La última que conozco es la de José Alcina Franch, Madrid, Historia 16, «Crónicas de América», 34, 1987.

lo y libertad, que son las dos pestes de aquella edad, y en ocuparlos en ejercicios provechosos y honestos»³.

Enseguida nos habla Acosta de unas escuelas de instrucción general y cívica y en cierta manera premilitares. «Para este efecto —dice— había en los templos casa particular de niños, como escuela o pupilaje distinto del de los mozos y mozas del templo, de que se trató largamente en su lugar⁴. Había en los dichos pupilajes o escuelas gran número de muchachos, que sus padres voluntariamente llevaban allí, los cuales tenían ayos y maestros que les enseñaban e industriaban en loables ejercicios, a ser bien criados, a tener respeto a los mayores, a servir y obedecer, dándoles documentos para ello: para que fuesen agradables a los señores, enseñábanles a cantar y danzar, industriábanlos en ejercicios de guerra, como tirar una flecha, sisga o vara tostada a puntería, a mandar bien una rodela y jugar la espada»⁵.

En cierto modo era una escuela ascética o si se quiere estoica, que adiestraba a los muchachos en la dureza y la sobriedad. «Hacíanles dormir mal y comer peor, porque desde niños se hiciesen al trabajo y no fuese gente regalada». Pero existían distinciones especiales. «Fuera del común número de estos muchachos había en los mismos recogimientos otros hijos de señores y gente noble, y éstos tenían más particular tratamiento: «traíanles de sus casas la comida, estaban encomendados a viejos y ancianos que mirasen por ellos, de quien continuamente eran avisados y amonestados a ser virtuosos y vivir castamente, a ser templados en el comer y a ayunar, a moderar el paso y andar con reposo y mesura; usaban probarlos en algunos trabajos y ejercicios pesados»⁶.

Tenían en cuenta sus inclinaciones, especialmente las militares. Así, explica Acosta: «cuando estaban ya criados, consideraban mucho la inclinación que en ellos había: al que veían inclinado a la guerra, en teniendo edad le procuraban ocasión en que probarle; a los tales, so color de que llevasen comida y bastimentos a los soldados, los enviaban a la guerra, para que allá viesen lo que pasaba y el trabajo que se padecía, y para que así perdiesen el miedo; muchas veces les echaban unas cargas muy pesadas, para que mostrando ánimo en aquello con más facilidad fuesen admitidos a la compañía de los soldados. Así acontecía ir con carga al campo y volver capitán con insignia de honra. Otros se querían señalar tanto que quedaban presos o muertos, y por peor tenían que quedar presos y así se hacían pedazos por no ir cautivos en poder de sus enemigos. Así que a los que a esto se aplicaban, que de ordinario eran los hijos de gente noble, conseguían su deseo»⁷. Pero, naturalmente, se daban otras inclinaciones más pacíficas o, en principio, menos violentas. «Otros, que se inclinaban a cosas del templo, y por decirlo a nuestro modo, a ser eclesiástico, en siendo de edad los sacaban de la escuela y los ponían en los aposentos del templo, que estaban para religiosos, poniéndoles también sus insignias de eclesiásticos, y allí tenían sus prelados y maestros

³ *Op. cit.*, libro cit., cap. cit., p. 444. La *Historia* de Acosta está dividida en siete libros; los cuatro primeros tienen carácter cosmográfico y a partir del quinto se tratan los aspectos religiosos, de las costumbres e historia de los indios americanos (especialmente mexicanos y peruanos). Seguimos la primera edición de la obra, actualizando la ortografía, para mejor comprensión del texto.

⁴ En el libro quinto de la *Historia*, especialmente el capítulo 15, pp. 337-339 de la 1ª ed.

⁵ *Op. cit.*, lib. 6º, cap. 27, pp. 444-445.

⁶ *Op. cit.*, lib. cit., cap. id., p. 445.

⁷ *Op. cit.*, 1 y cap. id., p. id.

que les enseñaban todo lo tocante a aquel ministerio, y en el ministerio que se dedicaban, en él habían de permanecer»⁸.

Acosta considera ejemplar este orden formativo y piensa que sería conveniente imitarlo y favorecerlo, adaptándolo a la formación cristiana de los indios. Lo escribe de este modo: «gran orden y concierto era este de los mexicanos en criar sus hijos, y si ahora se tuviese el mismo orden en hacer casas y seminarios, donde se criasen estos muchachos, sin duda florecería mucho la cristiandad de los indios». Ha comenzado a hacerse, nos dice, pero muy lentamente. «Algunas personas celosas lo han comenzado, y el rey y su Consejo han mostrado favorecerlo, pero como no es negocio de interés, va muy poco a poco y hácese fríamente». Concluye este capítulo con una invocación: «Dios nos encamine, para que siquiera nos sea confusión lo que en su perdición hacían los hijos de tinieblas y los hijos de luz no se queden tanto atrás en el bien»⁹.

DANZAS, CANTOS Y JUEGOS INDÍGENAS

En relación con el conocimiento y costumbres de los indios americanos, nos describe Acosta en el capítulo 28 del libro sexto de la obra citada lo que titula *De los bailes y fiestas de los indios*. Justifica su sentido en la vida y ordenación de la república. «Porque es parte de buen gobierno tener la República sus recreaciones y pasatiempos cuando conviene, es bien digamos algo de lo que cuanto a esto usaron los indios, mayormente los mexicanos. Ningún linaje de hombres que vivan en común se ha descubierto que no tenga su modo de entretenimiento y recreación con juegos o bailes o ejercicios de gusto»¹⁰.

Acosta pone ejemplos, basados en lo que él había visto, de tales juegos, danzas y fiestas. «En el Pirú vi un género de pelea hecha en juego, que se encendía con tanta porfía de los bandos que venía a ser bien peligrosa su Puella, que así la llamaban. Vi también mil diferencias de danzas en que imitan diversos oficios como de ovejeros, labradores, de pescadores, de monteros; ordinariamente eran todas con sonido y paso y compás, muy espacioso y flemático». Sus danzas de máscaras, al parecer, tenían un significado especial, acaso escatológico. «Otras danzas había de enmascarados, que llaman Guacones, y las máscaras y su gesto eran del puro demonio. También danzaban unos hombres sobre los hombros de los otros, al modo que en Portugal llevan la Pelas, que ellos llaman. De estas danzas la mayor parte era superstición y género de idolatría, porque así veneraban sus ídolos y Guacas». De ahí cierto freno y hasta prohibición por parte de las autoridades eclesiásticas cristianas, que debían acceder, no obstante, a una cierta permisividad, dado el carácter popular y entrañable de tales costumbres. «Por lo cual han procurado los prelados evitarles lo más que pueden semejantes danzas, aunque por ser mucha parte della pura recreación, les dejan que todavía dancen y bailen a su modo»¹¹.

En cuanto a los instrumentos y cantos que acompañaban a las indicadas danzas, se explica también, muy gráficamente, Acosta. «Tañen diversos instrumentos para estas

⁸ *Op. cit.*, 1. y cap. id., pp. 445-446.

⁹ *Op. cit.*, 1. y cap. id., p. 446.

¹⁰ *Op. cit.*, 1. y cit., cap. 28, p. 446.

¹¹ *Op. cit.*, 1. y cap. id., pp. 446-447.

danzas: unas como flautillas, o cañutillos; otros como atambores; otros como caracoles. Lo más ordinario es en voz cantar todos, yendo uno o dos diciendo sus poesías y acudiendo los demás a responder con el pie de la copla». Es interesante lo que indica Acosta sobre el aspecto literario de estas composiciones populares y sobre la posibilidad intencionadamente instructiva y de adoctrinamiento que ofrecían. «Algunos de estos romances eran muy artificiosos y contenían historia; otros eran llenos de superstición; otros eran puros disparates. Los nuestros que andan entre ellos han procurado ponerles las cosas de nuestra santa fe en su modo de canto, y es cosa grande el provecho que se halla, porque con el gusto del canto y tonada están días enteros oyendo y repitiendo sin cansarse». Los indios han trasladado con gusto a su lengua composiciones y canciones españolas. «También han puesto en su lengua composiciones y tonadas nuestras, como de octavas y canciones, de romances, de redondillas, y es maravilla cuán bien las toman los indios y cuánto gustan. Es cierto gran medio éste y muy necesario para esta gente»¹².

En los distintos lugares de la América descubierta —en Mesoamérica, en Centroamérica, en Sudamérica— dan nombre a los mencionados bailes y tienen variados juegos y distracciones curiosas. La descripción de Acosta es puntual y expresiva. «En el Pirú llamaban estos bailes comúnmente Taqui; en otras provincias de indios se llaman Areytos; en México se dicen Mitotes. En ninguna parte hubo tanta curiosidad de juegos y bailes como en la Nueva España, donde hoy día se ve a indios volteadores, que admiran, sobre una cuerda; otros sobre un palo alto derecho puestos de pies danzan y hacen mil mudanzas; otros con las plantas de los pies y con las corvas menean y echan en alto y revuelven un tronco pesadísimo, que no parece cosa creíble si no es viéndolo. Hacen otras mil pruebas de gran sutileza, en trepar, saltar, voltear, llevar grandísimo peso, sufrir golpes, que bastan a quebrantar hierro, de todo lo cual se ven pruebas hartas donosas»¹³.

Vale la pena describir, siguiendo a Acosta, el baile popular practicado por los mexicanos. Ya nos había dicho su nombre y ahora nos narrará sus principales características. «Mas el ejercicio de recreación más tenido por los mexicanos es el solemne Mitote, que es un baile que tenían por tan autorizado que entraban a veces en ellos reyes, y no por fuerza, como el rey don Pedro de Aragón con el barbero de Valencia. Hacíase este baile o Mitote de ordinario en los patios de los templos y de las casas reales, que eran los más espaciosos. Ponían en medio del patio dos instrumentos: uno de hechura de atambor y otro de forma de barril hecho de una pieza, hueco por dentro, y puesto como sobre una figura de hombre o de animal o de una columna. Estaban ambos templados de suerte que hacían entre sí buena consonancia. Hacían con ellos diversos sonos, y eran muchos y varios los cantares; todos iban cantando y bailando al son con tanto concierto que no discrepaban el uno del otro, yendo todos a una así en las voces como en mover los pies, con tal destreza que era de ver». Acosta se entretiene en hacer notar el sentido social y también religioso que el Mitote tenía. «En estos bailes se hacían dos ruedas de gente; en medio, donde estaban los instrumentos, se ponían los ancianos y señores y gente más grave, y allí cuasi a pie quedo bailaban y cantaban. Alrededor de éstos, bien desviados salían de dos en dos los demás bailando en corro con más ligereza y haciendo diversas mudanzas y ciertos saltos a propósito, y entre sí venían a hacer una rueda muy ancha y espaciosa. Sacaban en estos bailes las ropas más preciosas que tenían

¹² *Op. cit.*, 1. y cap. id., p. 447.

¹³ *Op. cit.*, 1. y cap. id., pp. 447-448.

y diversas joyas, según que cada uno podía. Tenían en esto gran punto, y así desde niños se enseñaban a este género de danzas». Se instruía en ellas, pues, a los jóvenes, para favorecer la habilidad en tales usos recreativos y entrañables. «Aunque muchas de estas danzas se hacían en honra de sus ídolos, pero no era eso de su institución, sino como está dicho un género de recreación y regocijo para el pueblo, y así no es bien quitárselas a los indios sino procurar que no se mezcle superstición alguna»¹⁴.

Acosta es partidario de conservar y permitir estas costumbres populares, evitando su presunta intencionalidad idolátrica o su no menos presunto sentido supersticioso y acomodando sus fiestas al santoral cristiano. Nos dice: «En Tepotzotlan, que es un pueblo siete leguas de México, vi hacer el baile o Mitote que he dicho en el patio de la iglesia, y me pareció bien ocupar y entretener los indios días de fiestas, pues tienen necesidad de alguna recreación, y en aquella que es pública y sin perjuicio de nadie hay menos inconveniente que en otras que podrían hacer a sus solas si les quitasen estas. Y generalmente es digno de admitir que lo que se pudiere dejar a los indios de sus costumbres y usos (no habiendo mezcla de sus errores antiguos) es bien dejarlo, y conforme al consejo de san Gregorio Papa procurar que sus fiestas y regocijos se encaminen al honor de Dios y de los santos, cuyas fiestas celebran»¹⁵.

ESCRITURAS Y JEROGLÍFICOS

El padre Acosta se preocupa en su obra *del modo de letras y escritura* que usaron algunos pueblos entre los indios americanos y también del modo de conservar su historia y dejar constancia de los hechos vividos y observados. Así, nos dice: «Hállase en las naciones de la Nueva España gran noticia y memoria de sus antiguallas. Y queriendo yo averiguar en qué manera podían los indios conservar sus historias y tantas particularidades, entendí que, aunque no tenían tanta curiosidad y delicadeza como los chinos y japones, todavía no les faltaba algún género de letras y libros, conque a su modo conservaban las cosas de sus mayores»¹⁶.

Nuestro autor nos pone un ejemplo de tales recordatorios. «En la gran provincia de Yucatán —dice—, donde es el obispado que llaman de Honduras, había unos libros de hojas a su modo encuadernados o plegados, en que tenían los indios sabios la distribución de sus tiempos, y conocimientos de plantas y animales y otras cosas naturales y sus antiguallas, cosa de grande curiosidad y diligencia». Pero, desgraciadamente, no faltaron doctrinarios con sentido destructor. Acosta lo explica así: «Parecióle a un doctrinero que todo aquello debía de ser hechizos y arte mágica, y porfió que se habían de quemar y quemáronse aquellos libros, lo cual sintieron después no sólo los indios, sino españoles curiosos, que deseaban saber secretos de aquella tierra». La

¹⁴ *Op. cit.*, 1. y cap. id., p. 448.

¹⁵ *Op. cit.*, 1. y cap. id., pp. 448-449.

¹⁶ *Op. cit.*, lib. cit., cap. 7, p. 407. Quizá sea oportuno indicar que Acosta, en el capítulo inicial del libro sexto de su *Historia* —que es aquél al que nos estamos refiriendo— hace constar que, entre otros autores y fuentes directas que ha utilizado, para las costumbres de México sigue principalmente a Juan de Tovar, prebendado que fue de la iglesia de México y en aquellas fechas religioso de la Compañía de Jesús, que por orden del virrey Martín Enríquez hizo copiosa averiguación de las historias de aquella nación; y para los usos y costumbres del Perú utiliza principalmente a Polo Ondegardo, que escribió un tratado sobre las costumbres de los indios del Perú, a instancias de Jerónimo de Loaysa, arzobispo real (*O.c.*, lib. 6º, cap. 1, p. 396; también en cap. 3, p. 399, y cap. 18, p. 429).

ignorancia y el exceso de celo perjudican siempre y en aquella ocasión y en otras echó a perder conocimientos, tesoros históricos y documentos interesantes que importaba conservar. «Lo mismo ha acaecido en otras cosas que pensando los nuestros que todo es superstición han perdido muchas memorias de cosas antiguas y ocultas que pudieran no poco aprovechar. Esto sucede de un celo necio, que sin saber ni aun querer saber las cosas de los indios, a carga cerrada dicen que todas son hechicerías y que éstos son todos unos borrachos, que ¿qué pueden saber ni entender?»¹⁷.

Pero —a pesar de esos despropósitos— no faltaron personas deseosas de información sobre el modo de ser y las costumbres de los indios, así como investigadores de su arqueología y de su etnografía. Con visión, ciertamente imparcial, indica, en este sentido, Acosta: «Los que han querido con buen modo informarse de ellos, han hallado muchas cosas dignas de consideración. Uno de los de nuestra Compañía de Jesús, hombre muy práctico y diestro, juntó en la provincia de México a los ancianos de Tuscuco y de Tulla y de México, y confirió mucho con ellos, y le mostraron sus librerías y sus historias y calendarios, cosa de mucho ver». Es interesante su sistema figurativo. «Porque tenían sus figuras y hieroglíficas con que pintan las cosas en esta forma, que las cosas que tenían figuras las ponían con sus propias imágenes, y para las cosas que no había imagen propia tenían otros caracteres significativos de aquello; y con este modo figuraban cuanto querían»¹⁸.

Incluso había una figuración recordatoria del tiempo transcurrido, es decir, lo que llamaríamos memoria histórica. A ello se refiere nuestro autor a continuación: «... y para memoria del tiempo en que acaecía cada cosa tenían aquellas ruedas pintadas, que cada una de ellas tenía un siglo, que eran de cincuenta y dos años, como se dijo arriba¹⁹; y al lado de estas ruedas, conforme al año en que sucedían cosas memorables, las iban pintando con las figuras y caracteres que he dicho, como con poner un hombre pintado con un sombrero y sayo colorado en el signo de Caña, que corría entonces, señalaron el año que entraron los españoles en su tierra, y así de los demás sucesos». Acosta señala algunas particularidades de esta escritura o modo de representación. «Pero porque sus figuras y caracteres no eran tan suficientes como nuestra escritura y letras, por eso no podían concordar tan puntualmente en las palabras, sino solamente en lo sustancial de los conceptos»²⁰.

Conviene parar atención en el interés que tenían tales indios en transmitir y conservar la palabra oral. Constituye todo un método pedagógico. Acosta lo describe: «Mas porque también usan referir de coro arengas y parlamentos que hacían los oradores y retóricos antiguos, y muchos cantares que componían sus poetas, lo cual era

¹⁷ *Op. cit.*, 1. y cap. cit., p. id. Algunos, como el propio Acosta, desearon conocer el modo de ser y la historia de los indios, movidos por un afán de información y, también, seguramente, de acrecentamiento cultural, que podría ayudar, acaso, a la evangelización. Puede ser explicado en forma justa, como lo expresa uno de los maestros del americanismo: «La curiosidad, característica de esta época descubridora del individuo según Burkhardt, apareció en los cronistas más cultos y, sobre todo, en los clérigos. Al contacto con lo autóctono indagaron sus costumbres, sus instituciones, su pasado» (MORALES PADRÓN, FRANCISCO: *Historia del descubrimiento y conquista de América*, 5ª ed., Madrid, Gredos, 1990, cap. VII. «Comprensión de la conquista», 6, «El encuentro con el mundo indígena», p. 285).

¹⁸ *Op. cit.*, 1. y cap. id., pp. 407-408.

¹⁹ En el capítulo 2 del mismo libro 6º (pp. 397-399), cuyo contenido expondremos después, al hablar del *Cómputo del tiempo. Calendario*.

²⁰ *Op. cit.*, lib. 6º, cap. 7, p. 408.

imposible aprenderse por aquellas hieroglíficas y caracteres. Es de saber, que tenían los mexicanos grande curiosidad en que los muchachos tomasen de memoria los dichos parlamentos y composiciones, y para esto tenían escuelas y como colegios o seminarios, adonde los ancianos enseñaban a los mozos estas y otras muchas cosas, que por tradición se conservaban tan enteras como si hubiera escritura en ellas. Especialmente las naciones famosas hacían a los muchachos que se imponían para ser retóricos y usar oficio de oradores, que las tomasen palabra por palabra, y muchas de éstas cuando vinieron los españoles y les enseñaron a escribir y leer nuestra letra, los mismos indios las escribieron, como lo testifican hombres graves que las leyeron». Algunos de los discursos recordados y de las composiciones aprendidas de memoria pasaron a la historia transcrita por autores españoles. «Y esto se dice —añade Acosta— porque quien en la historia mexicana leyere semejantes razonamientos largos y elegantes, creará fácilmente que son inventados de los españoles y no realmente referidos de los indios, mas entendida la verdad no dejará de dar crédito que es razón a sus historias»²¹.

Los indios dieron forma gráfica a las oraciones cristianas, transcribiéndolas en imágenes con ingenuidad, viveza y sentimiento. El autor lo describe con cierta complacencia. «También escribieron a su modo por imágenes y caracteres los mismos razonamientos, y yo he visto para satisfacerme en esta parte, las oraciones del Pater noster y Ave María y la confesión general, en el modo dicho de indios, y cierto se admirará cualquiera que lo viere. Porque para significar aquella palabra «Yo pecador me confieso» pintan un indio hincado de rodillas a los pies de un religioso, como que se confiesa; y a la gloriosa Virgen María pintan un rostro de nuestra Señora y medio cuerpo con un niño; y a San Pedro y a San Pablo dos cabezas con coronas y unas llaves y una espada; y a este modo va toda la confesión escrita por imágenes, y donde faltan imágenes ponen caracteres, como en «que pequé», etc. De donde se podrá colegir la viveza de los ingenios de estos indios, pues este modo de escribir nuestras oraciones y cosas de la fe ni lo enseñaron los españoles ni ellos pudieran salir con él si no hicieran muy particular concepto de lo que les enseñaban»²².

Parecidamente, en el país andino se hacían también representaciones en sentido religioso. Lo va indicando nuestro autor: «Por la misma forma de pinturas y caracteres vi en el Pirú escrita la confesión que de todos sus pecados un indio traía para confesarse. Pintando cada uno de los diez mandamientos por cierto modo y luego allí haciendo ciertas señales como cifras que eran los pecados que había hecho contra aquel mandamiento». Acosta concluye haciendo notar nuestra dificultad en aprender fácilmente ese tipo de representación comunicativa y gráfica. «No tengo duda —afirma—, que si muchos de los muy estirados españoles dieran a cargo de hacer memoria de cosas semejantes, por vía de imágenes y señales, ni en un año no acertaran, ni aun quizá en diez»²³.

MEMORIALES PERUANOS. LOS QUIPOS

En el capítulo 8 del libro sexto de su *Historia* expone Acosta, siguiendo en parte la descripción anterior, lo que denomina *De los memoriales y cuentas que usaron los indios*

²¹ *Op. cit.*, 1. y cap. id., pp. 408-409.

²² *Op. cit.*, 1. y cap. id., p. 409.

²³ *Op. cit.*, 1. y cap. id., pp. 409-410.

del Pirú. Se trata de una exposición escueta, aunque suficiente y clara, de los recordatorios y modo de contabilidad especial que usaban los indios peruanos, antes y aun después de la entrada de los españoles. Dice, a este efecto, el padre Acosta: «Los indios del Pirú antes de venir españoles ningún género de escritura tuvieron, ni por letras ni por caracteres o cifras o figurillas, como los de la China y los de México, mas no por eso conservaron menos la memoria de sus antiguallas, ni tuvieron menos su cuenta para todos los negocios de paz y guerra y gobierno. Porque en la tradición de unos a otros fueron muy diligentes y como cosa sagrada recibían y guardaban los mozos lo que sus mayores les referían, y con el mismo cuidado lo enseñaban a sus sucesores»²⁴.

Enseguida va a definir Acosta los memoriales significativos o «quipos» que usaban los peruanos. Se está refiriendo a sus tradiciones, que se transmitían de padres a hijos. «Fuera de esta diligencia suplían la falta de escritura y letras; parte con pinturas, como los de México, aunque las del Pirú eran muy groseras y toscas; parte y lo más con los Quipos. Son Quipos unos memoriales o registros hechos de ramales, en que diversos ñudos y diversos colores significan diversas cosas». Son, pues, memorias materializadas, registros plásticos de información. Con ellos los indios peruanos registraban gran variedad de cosas y acontecimientos. «Es increíble lo que en este modo alcanzaron, porque cuanto los libros pueden decir de historias y leyes y ceremonias, y cuentas de negocios, todo ello suplen los Quipos puntualmente que admira»²⁵.

Para el manejo e interpretación de los «quipos» existían especialistas en ellos encargados de los mismos, en quienes estaba depositada su utilización correcta. Acosta nos lo certifica puntualmente. «Había para tener estos Quipos o memoriales oficiales diputados que se llaman hoy día Quipo camayo, los cuales eran obligados a dar cuenta de cada cosa, como los escribanos públicos acá, y así se les había de dar entero crédito». Y, como se ha dicho, según los diversos usos o sentidos, existía diversidad de «quipos», con sus ñudos y sus colores característicos. «Porque para diversos géneros como de guerra, de gobierno, de tributos, de ceremonias, de tierras, había diversos Quipos o ramales. Y en cada manojito de éstos tantos ñudos y ñudicos e hilillos atados; unos colorados, otros verdes, otros azules, otros blancos; y, finalmente, tantas diferencias que, así como nosotros de veinticuatro letras guiándolas en diferentes maneras sacamos tanta infinidad de vocablos, así estos de sus ñudos y colores sacan innumerables significaciones de cosas»²⁶.

²⁴ *Op. cit.*, lib. id., cap. 8, p. 410.

²⁵ *Op. cit.*, 1. y cap. id., p. id. Las leyendas indígenas se refieren al inventor o descubridor de los «quipos». Siguiendo a Luis Soria Lens, un investigador «que recogió, en el curso de muchos años de estrechos contactos con los indígenas aymaras, numerosas tradiciones y leyendas» y, sobre todo, siguiendo al cronista peruano del siglo XVI Phelipe Guaman (Felipe Guzmán) Poma de Ayala, que dejó al morir «un enorme manuscrito, ilustrado con cuatrocientos dibujos a la pluma», que se reencontró en Copenhague a principios de nuestro siglo, un tratadista contemporáneo hace un resumen de lo acaecido —según aquellas tradiciones y leyendas— en las cuatro dinastías de soberanos preincaicos. Y refiriéndose a la tercera, dice: «De la tercera dinastía, la de los Illa, sólo tenemos tres nombres: Yauilla, Takuilla —un personaje histórico éste...— y Kipuilla, inventor de los quipos, o sea, del procedimiento mnemónico de las cuerdecillas de nudos» (MAHIEU, JACQUES DE: *El imperio vikingo de Tiahuanacu (América antes de Colón)*, Barcelona, El Laberinto-15, 1985, II, «El antiguo imperio», p. 63).

²⁶ *Op. cit.*, 1. y cap. id., pp. 410-411. Conviene advertir que la expresión «quipo» ofrece la variante «quipu» (o «quipus»). El mismo autor que hemos mencionado en la nota anterior, refiriéndose a la posibilidad —algo discutible— de una escritura alfabética, interpretando signos alfabéticos en la túnica y el cinturón de los soberanos, según los conocidos dibujos de Guamán Poma de Ayala, indica: «Las recientes

Acosta pone ejemplos de la utilización y utilidad de los «quipos» en su misma época. «Es esto de manera —dice— que hoy día acaece en el Pirú, a cabo de dos y tres años cuando van a tomar residencia a un corregidor, salir los indios con sus cuentas menudas y averiguadas, pidiendo que en tal pueblo le dieron seis huevos y no los pagó, y en tal casa una gallina y acullá dos haces de hierba para sus caballos y no pagó sino tantos tomines y queda debiendo tantos; y para todo esto hecha la averiguación allí al pie de la obra, con cantidad de ñudos y manojos de cuerdas que dan por testigos y escritura cierta». El propio Acosta fue testigo de tales recordatorios. «Yo vi un manajo de estos hilos, en que una india traía escrita una confesión general de toda su vida y por ellos se confesaba como yo lo hiciera por papel escrito, y aun me pregunté de algunos hilillos que me parecieron algo diferentes, y eran ciertas circunstancias que requería el pecado para confesarle enteramente»²⁷.

Tenían variedad de «quipos»; unos eran de hilo o cuerda, otros de piedrecillas. «Fuera de estos quipos de hilo tienen otros de pedrezuelas, por donde puntualmente aprenden las palabras que quieren tomar de memoria». Les dan forma de ruedas, que manejan admirablemente. Sigue explicando Acosta: «Y es cosa de ver a viejos ya caducos con una rueda hecha de pedrezuelas aprender el Padre nuestro y con otra el Ave María y con otra el Credo, y saber cuál piedra es «Que fue concebido de Espíritu Santo», y cuál «Que padeció debajo del poder de Poncio Pilato»; y no hay más que verlos enmendar cuando yerran, y toda la enmienda consiste en mirar sus pedrezuelas; que a mí para hacerme olvidar cuanto sé de coro me bastaría una rueda de aquéllas». O sea, sirven para recordar y para corregir o puntualizar en caso de error. Hay abundancia de ruedas de este tipo. «De éstas suele haber no pocas en los cementerios de las iglesias para este efecto». Pero no faltan otras modalidades curiosas. «Pues verles otra suerte de Quipos que usan de granos de maíz es cosa que encanta». Con dichos «quipos» a base de granos realizan los indios muy entretenidas operaciones. «Porque una cuenta muy embarazosa, en que tendrá un muy buen contador que hacer por pluma y tinta, para ver cómo les cabe entre tantos tanto de contribución, sacando tanto de acullá y añadiendo tanto de acá, con otras cien retartalillas, tomarán estos indios sus granos y pondrán uno aquí, tres acullá, ocho no sé dónde; pasarán un grano de aquí,

investigaciones de William Burns Glynn han demostrado fehacientemente que se trataba de una verdadera escritura alfabética y, más aún, que ésta se podía transmitir por los *quipu*, mediante una equivalencia numérica de las letras. Así se podía registrar, por tanto, no sólo datos estadísticos, sino también conceptos y hechos históricos» (MAHIEU, JACQUES DE: *Op. cit.*, ed. cit., V, «El nuevo imperio», p. 166). En el tomo 4 de la *Historia de la Humanidad*, que incluye «Las grandes civilizaciones medievales, II», de VADINE ELISSEEFF, JEAN NAUDOU, etc., en la parte 3ª, cap. 2, «Evolución cultural del mundo prehistórico americano» se inserta un dibujo de Felipe Guaman (en el texto dice Guzmán) Poma de Ayala que representa un contador de «quipos» con sus cuerdas y cuerdecillas; lleva el siguiente título: «Tesorero inca contando con la ayuda de un *quipus*. Ilustración de un manuscrito posterior a la conquista española» (*Op. cit.* preparada bajo el patrocinio de la UNESCO, Ed. Planeta, Barcelona, y Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1979, Tomo 4, *Edad Media II*, lug. cit., p. 471). En el tomo II de esta obra, con referencia a las «escrituras americanas» hay una cierta definición de los «quipos» o «quipus»: «Ante todo, debemos mencionar ciertos recursos mnemotécnicos, como las muescas en palos. Hubo los *quipus* o *kipus*, hallados especialmente en Perú y Bolivia, que consisten en una colección de cuerdas de distintos colores, con varios tipos de nudos, aislados o en grupos: fueron genuinos recordativos para datos aritméticos, para el cálculo de los días o para asuntos de importancia estadística» (*Op. cit.*, t. II, *El mundo antiguo 2*, 3ª ed., Barcelona-Buenos Aires, Planeta-Sudamericana, 1979, cap. 2, p. 96).

²⁷ *Op. cit.*, 1. y cap. id., p. 411.

trocarán tres de acullá, y en efecto ellos salen con su cuenta hecha puntualísimamente sin errar un tilde; y mucho mejor se saben ellos poner en cuenta y razón de lo que cabe a cada uno de pagar o dar que sabremos nosotros de dárselo por pluma y tinta averiguado»²⁸.

Acosta ve en ello un signo de inteligencia; incluso cree que los indios nos aventajan en ingenio cuando se aplican debidamente a un determinado objeto. Así, afirma: «Si esto no es ingenio y si estos hombres son bestias júzguelo quien quisiere, que lo que yo juzgo de cierto es que en aquello a que se aplican nos hacen grandes ventajas»²⁹.

Precisamente, para hacer ver *Que es falsa la opinión de los que tienen a los indios por hombres faltos de entendimiento*, escribió el padre Acosta el libro sexto de su *Historia*, donde refiere las «costumbres y policía y gobierno» de los indios, con dos fines. «El uno —como dice él mismo— deshacer la falsa opinión que comúnmente se tiene de ellos, como de gente bruta y bestial y sin entendimiento o tan corto que apenas merece este nombre». De ahí vienen, piensa Acosta, los agravios que se les hacen. «Del cual engaño se sigue hacerles muchos y muy notables agravios, sirviéndose de ellos poco menos que de animales y despreciando cualquier género de respeto que se les tenga». Es un error en el que no caen los que los conocen, a diferencia de sus necios detractores. «Que es tan vulgar y tan pernicioso engaño, como saben bien los que con algún celo y consideración han andado entre ellos y visto y sabido sus secretos y avisos, y juntamente el poco caso que de todos ellos hacen los que piensan que saben mucho, que son de ordinario los más necios y más confiados de sí». Acosta indica que otra finalidad del conocimiento de las costumbres y usos de los indios es ayudarlos y, en lo posible, hacer que se rijan por sus propias normas. «El otro fin —dice— que puede conseguirse con la noticia de las leyes y costumbres y policía de los indios es ayudarlos y regirlos por ellas mismas, pues en lo que no contradicen a la ley de Cristo y de su santa Iglesia deben ser gobernados conforme a sus fueros, que con son como sus leyes municipales». Hay que respetar, pues, sus normas y costumbres tradicionales. No hacerlo así ha sido fruto de la ignorancia y desgobierno. «Por cuya ignorancia se han cometido yerros de no poca importancia, no sabiendo los que juzgan ni los que rigen por dónde han de juzgar y regir sus súbditos»³⁰.

CÓMPUTO DEL TIEMPO. CALENDARIO

Volviendo al tema de las escrituras y jeroglíficos y también de los memoriales, que hemos expuesto en los dos apartados anteriores, indicaremos la descripción que hace Acosta *Del modo de cómputo y kalendarario que usaban los mexicanos*. Reproduce un aspecto de la cultura mexicana o azteca, que procedía de la cultura maya y aun en buena parte de toda la cultura mesoamericana. Es un aspecto que guarda relación no sólo con la cultura en sí, sino además con su modo de transmisión, con su enseñanza y recuerdo.

«Comenzando pues —indica nuestro autor— por el repartimiento de los tiempos y cómputo que los indios usaban, que es una de las más notorias muestras de su inge-

²⁸ *Op. cit.*, 1 y cap. id., pp. 411-412.

²⁹ *Op. cit.*, 1 y cap. id., p. 412. Sobre la situación cultural de América en la época del descubrimiento, cfr. LUCENA SALMORAL, MANUEL: *América 1492. Retrato de un continente hace quinientos años*. Madrid, Anaya, 1990.

³⁰ *Op. cit.*, Libro 6º, cap. 1, pp. 395-397.

nio y habilidad, diré primero de qué manera contaban y repartían su año los mexicanos, y de sus meses y calendario, y de su cuenta de siglos o edades»³¹. Se trata de un cómputo muy elaborado, producto de la observación astronómica y del ingenio secular de los pueblos que precedieron a la cultura azteca, entre los cuales destaca, sobre todo en este punto, el cómputo establecido por la cultura de los mayas. Recordemos brevemente de qué modo calculaban los mayas la marcha del tiempo. Utilizaban un ciclo de 52 años denominado precisamente «cómputo del tiempo», que consistía en dos ciclos de días que se combinaban entre sí. Al mismo tiempo, existía un ciclo de 18 meses de 20 días cada uno, es decir, en total, 360 días. Agregando 5 días, considerados inválidos (los podríamos llamar «nefastos»), se podía obtener la cifra exacta de los 365 días y cuarto del año solar³².

Veamos ahora cómo describe Acosta el cómputo del tiempo que utilizaban los mexicanos de su tiempo. Nos dice: «El año dividían en dieciocho meses; a cada mes daban veinte días, y los otros cinco que restan para cumplimiento del año entero no los daban a mes ninguno, sino contábanlos por sí y llamábanlos días baldíos, en los cuales no hacía la gente cosa alguna ni acudían al templo; sólo se ocupaban de visitarse unos a otros perdiendo tiempo, y los sacerdotes del templo cesaban de sacrificar»³³. Así terminaba el año para los mexicanos y parecidamente —o igualmente— para todos los pueblos de Mesoamérica. Podía comenzar una nueva cuenta, como enseñaban y aprendían, perpetuando su sistema temporal y computacional³⁴. Acosta nos lo cuenta de este modo: «Los cuales días cumplidos, tornaba a comenzar la cuenta de su año, cuyo primer mes y principio era por marzo, cuando comienza a reverdecir la hoja, aunque tomaban tres días de febrero, porque su primer día del año era a veintiséis de febrero, como consta por el calendario suyo»³⁵.

El calendario de los indios mexicanos, heredado de los mayas y de otros pueblos, es notable, y en cierta manera puede contener artificiosamente nuestro propio calen-

³¹ *Op. cit.*, 1 cit., cap. 2, p. 397.

³² Puede acudirse, entre otras, a las obras de VOGT, E. y RUZ, L., ALBERTO (Ed.): *Desarrollo cultural de los mayas*. México, U.N.A.M., 1964; COE, MICHEL D.: *The Jaguar's Children: Pre-Classic Central Mexico*. Nueva York, 1965, y *The Maya*, Londres y Nueva York, Thaures and Hudson, 1966; SANDERS, WILLIAM T., y PRICE, BARBARA J.: *Mesoamerica: The Evolution of a Civilization*. New York, Random House, 1968; CULBERT, PATRIK T. (Ed.): *The Classic Maye Collapse*. Albuquerque, University of New Mexico Press, 1974; RUZ L., ALBERTO: *La civilización de los antiguos mayas*. La Habana, Edit. de Ciencias Sociales, 1974; MORLEY, SILVANUS G.: *La civilización maya*. México, Fondo de Cultura Económica, 1975; ADAMS, RICHARD E. (Ed.): *The Origins of Maya Civilization*. Albuquerque, University of New Mexico Press, 1977; GIRARD, RAPHAEL: *Los Mayas. Su civilización, su historia, sus vinculaciones continentales*. México, Editores Mexicanos Unidos, 1966; 2ª ed., 1978; OCHOA, LORENZO, y RIVERA DORADO, MIGUEL: «El ocaso de los mayas», en *Historia 16*, n. 31, Madrid, noviembre 1978, pp. 69-96; JIMÉNEZ VILLALBA: «La civilización maya», en *Historia 16*, n. 141, Madrid, enero 1988, pp. 120-128; FARRISS, NANCY M.: *La sociedad maya bajo el dominio colonial*. Madrid, Alianza Edit., 1992. V., además, CARRASCO, PEDRO: *Historia de América Latina. América indígena*. Madrid, Alianza América, 1985, y, especialmente, CARDOS DE MÉNDEZ, AMALIA: *Los mayas*. México, GV Editores, 3ª ed., 1986.

³³ *Op. cit.*, 1 y cap. id., p. id.

³⁴ Cfr. G. VAILLANT: *Les Aztèques du Mexique*. París, Payot, 1951, y las obras de SOUSTELLE, J.: *La Pensée cosmologique des anciens Mexicains*. París, Hermann et Cie., 1940, y *La Vie quotidienne des Aztèques à la veille de la Conquête espagnole*. París, Libr. Hachette, 1955; v., además, VÁZQUEZ CHAMORRO, GERMÁN: «La mujer azteca», en *Historia 16*, n. 58, Madrid, febrero 1981, pp. 105-115, donde hay un apartado sobre «Una educación al servicio del hogar» (pp. 106-107), y ROJAS, JOSÉ LUIS DE: *México-Tenochtitlán. Economía y sociedad en el siglo XVI*. México, F.C.E., 1986.

³⁵ *Op. cit.*, 1 y cap. id., p. id.

dario, como hicieron posible, no sin ingenio, los indios de aquella época, posterior al encuentro con los españoles. Se trata, pues, de un calendario riguroso y comprensivo³⁶. «En el cual —dice Acosta— está incorporado el nuestro con notable cuenta y artificio, hecho por los indios antiguos que conocieron a los primeros españoles, el cual calendario yo vi y aún lo tengo en mi poder, que es digno de considerar para entender el discurso y habilidad que tenían estos indios mexicanos». Los meses tenían sus nombres y su representación propia. «Cada uno de los dieciocho meses que digo tiene su nombre especial y su pintura y señal propia; y comúnmente se tomaba de la fiesta principal que en aquel mes se hacía, o de la diferencia que el año va entonces causando. Y para todas las fiestas tenían sus ciertos días señalados en su calendario»³⁷.

También era curioso el modo de contabilizar las semanas y de significar figurativamente los años, de cuatro en cuatro. «Las semanas contaban de trece en trece días, y a cada día señalaban con un cero o redondo pequeño, multiplicando los ceros hasta trece, y luego volvían a contar uno, dos, etc. Partían también los años de cuatro en cuatro signos, atribuyendo a cada año un signo. Estas eran cuatro figuras: la una de casa; la otra de conejo; la tercera de caña; la cuarta de pedernal. Y así las pintaban y por ellas nombraban el año que corría diciendo: A tantas casas, o a tantos pedernales de tal rueda sucedió tal y tal cosa»³⁸.

Justamente el sistema de las «ruedas» les permitía rememorar el paso de los siglos, con sus acontecimientos destacados y su sucesión de meses y semanas. Acosta lo explica: «Porque es de saber que su Rueda, que es como siglo, contenía cuatro semanas de años, siendo cada una de trece, de suerte que eran por todos cincuenta y dos años». Expone también Acosta el modo representativo o figurativo de dichas ruedas. «Pintaban en medio un Sol, y luego salían de él en cruz cuatro brazos o líneas hasta la circunferencia de la Rueda, y daban vuelta, de modo que se dividía en cuatro partes la circunferencia, y cada una de ellas iba con su brazo de la misma color, que eran cuatro diferentes: de verde, de azul, de colorado, de amarillo; y cada parte de éstas tenía sus trece apartamientos con su signo de casa o conejo o caña o pedernal, significando en cada uno su año, y al lado pintaban lo sucedido en aquel año». Es algo que el propio Acosta pudo comprobar de forma fehaciente. «Y así vi yo en el calendario que he dicho señalado el año que entraron los españoles en México, con una pintura de un hombre vestido a nuestro talle de colorado, que fue el hábito del primer español que envió Hernando Cortés»³⁹.

A todo ello se unían distintas creencias acerca de la sucesión de los tiempos y de sus posibles consecuencias. Cada fin de siglo se celebraba con un ritual consuetudinario. «Al cabo de los cincuenta y dos años que se cerraba la Rueda, usaban una ceremonia donosa, y era que la última noche quebraban cuantas vasijas tenían y apagaban cuantas lumbres había, diciendo que en una de las Ruedas había de fenecer el mundo y que por ventura sería aquella en que se hallaban; y que pues se había de acabar el mundo no habían de guisar ni comer, que para qué eran vasijas ni lumbre, y así se estaban toda la noche diciendo que quizá no amanecería más, velando con gran aten-

³⁶ Claro resumen sobre el tema en CIERVA, RICARDO DE LA: «De los mayas a los aztecas», cap. 20 de *La gran historia de América*. Madrid, Epoca coleccionable, 1990, pp. 305-320.

³⁷ *Op. cit.*, 1 y cap. id., pp. 397-398.

³⁸ *Op. cit.*, 1 y cap. id., p. 398.

³⁹ *Op. cit.*, 1 y cap. id., p. id.

ción todos para ver si amanecía. En viendo que venía el día, tocaban muchos atambores y bocinas y flautas y otros instrumentos de regocijo y alegría, diciendo que ya Dios les alargaba otro siglo, que eran cincuenta y dos años, y comenzaban otra Rueda». Empezaba una nueva etapa, que se significaba en los usos populares y se celebraba solemnemente. «Sacaban, el día que amanecía para principio de otro siglo, lumbre nueva y compraban vasos de nuevo, ollas y todo lo necesario para guisar de comer; y iban todos por lumbre nueva donde la sacaba el sumo Sacerdote, precediendo una solemnísima procesión en hacimiento de gracias porque les había amanecido y prorrogado otro siglo». En conjunto, pues, un cómputo del tiempo muy gráfico y vívido, ligado a los usos y costumbres de los indios mexicanos, que lo enseñaban y transmitían de generación en generación. En fin, dice Acosta: «Este era su modo de contar años y meses y semanas y siglos»⁴⁰.

Nuestro autor opina que hay algún defecto en este cómputo de los indios mexicanos; echa en falta —acaso por inadvertencia suya— la estimación de las fases lunares. Frente a ello, encontraba ventajoso el cómputo de los indios peruanos, o sea, del país de los incas⁴¹. Lo dice de esta manera: «En este cómputo de los mexicanos, aunque hay mucha cuenta y ingenio para hombres sin letras, pero paréceme falta de consideración no tener cuenta con las Lunas ni hacer distribución de meses conforme a ellas. En lo cual, sin duda, les hicieron ventaja los del Pirú, porque contaban cabalmente su año de tantos días como nosotros y partíanle en doce meses o lunas, consumiendo los once días que sobran de luna, según escribe Polo, en los mismos meses». Los incas se las ingeniaron para distribuir y contabilizar los meses que integran el año y su correspondencia solar y con las etapas agrícolas. «Para tener cierta y cabal cuenta del año, usaban esta habilidad: que en los cerros que están alrededor de la ciudad del Cuzco (que era la corte de los reyes ingas y juntamente el mayor santuario de sus reinos, y como si dijésemos otra Roma) tenían pues por su orden doce pilarejos en tal distancia y postura que en cada mes señalaba cada uno donde salía el Sol y donde se ponía. Estos llamaban Succanga, y por allí anunciaban las fiestas y los tiempos de sembrar y coger y lo demás. A estos pilares del Sol hacían ciertos sacrificios conforme a su superstición»⁴².

También los indios peruanos distinguieron sus meses, señalaron sus fiestas y precisaron el comienzo del año⁴³. «Cada mes tenía su nombre propio y distinto, y sus fies-

⁴⁰ *Op. cit.*, I. y cap. id., pp. 398-399.

⁴¹ Pueden consultarse: BUSHNELL, G. H. S.: *Perú*. Londres y Nueva York, 1957; MASON, J. A.: *The Ancien Civilizations of Peru*. Pelican Books, 1957; METRAUX, A.: *Les Incas*. París, Editions du Seuil, 1962; BALLESTEROS, MANUEL; BRAVO, CONCEPCIÓN y LÓPEZ, LORENZO E.: «La conquista de Perú», en *Historia 16*, n. 79, Madrid, noviembre 1982, pp. 51-76; MOLINA, C. DE y ALBORNOZ, C. DE: *Fábulas y mitos de los incas* (Edición de Henrique Urbano y Pierre Duviols). Madrid, *Historia 16*, «Crónicas de América», 48, 1989; y, especialmente, la obra citada de CARRASCO, PEDRO: *Historia de América Latina. América indígena*. Madrid, Alianza América, 1985, y LUCENA SALMORAL, MANUEL (Coord.), *Historia de Iberoamérica. I. Prehistoria e historia antigua*. Madrid, Cátedra, 1987.

⁴² *Op. cit.*, lib. cit., cap. 3, pp. 399-400.

⁴³ También es un buen resumen acerca del tema —o sea, de la cultura incaica—, el que hace CIERVA, RICARDO DE LA: en «El imperio de los incas», cap. 21 de *La gran historia de América*. Madrid, Epoca coleccionable, 1990, pp. 321-336. Interesan también, en varios puntos, LUMBRETERAS, L.: *Sociedades nucleares de Suramérica. Historia General de América*. Venezuela, 1983, y ALCINA FRANCH, JOSÉ y PALOP MARTÍNEZ, JOSEFINA: *Los incas, el reino del sol*. «Biblioteca Iberoamericana». Madrid, Anaya, 1988.

tas especiales. Comenzaban el año por enero, como nosotros; pero después un rey inga, que llamaron Pachacuto, que quiere decir reformador del tiempo, dio principio al año por diciembre, mirando (a lo que se puede pensar) cuando el Sol comienza a volver del último punto de Capricornio, que es el Trópico a ellos más propicio». Pero, al parecer, ni mexicanos ni incas establecieron el año bisiesto (aunque no hay total seguridad en ello, según Acosta); ni precisaron como nosotros el cómputo semanal. «Cuenta cierta de bisiesto no se sabe que la tuviesen unos ni otros, aunque algunos dicen que sí tenían. Las semanas que contaban los mexicanos no eran propiamente semanas, pues no eran de siete días, ni los ingas tuvieron esta división. Y no es maravilla, pues la cuenta de la semana no es como la del año por curso del Sol, ni como la del mes por el curso de la Luna». Bastante hicieron con sus cuentas temporales y sus normas cronológicas. «Pero para hombres sin libros ni letras harto es, y aun demasiado, que tuviesen el año y las fiestas y tiempos con tanto concierto y orden, como está dicho»⁴⁴.

APRENDIZAJE DE LOS OFICIOS

Sumamente curiosa e ilustrativa es la descripción que hace Acosta del aprendizaje profesional, que puede considerarse globalista y polivalente. Lo expone en el capítulo 16 del libro sexto de su *Historia*, con el título *De los oficios que aprendían los indios*. Se refiere nuevamente a la zona peruana, es decir, a la cultura de los indios peruanos⁴⁵.

El carácter globalista de su formación profesional, que ahora destacábamos, es lo primero que llama la atención en la educación vital de los indios. «Otro primor tuvieron también los indios del Pirú, que es enseñarse cada uno desde muchacho en todos los oficios que ha menester un hombre para la vida humana». En realidad, puede decirse, todos sabían de todo; o, por lo menos, de todo lo que conviene saber para mantenerse y desenvolverse en la vida. «Porque entre ellos no había oficiales señalados como entre nosotros de sastres y zapateros y tejedores, sino que todo cuanto en sus personas y casa habían menester lo aprendían todos y se proveían a sí mismos. Todos sabían tejer y hacer sus ropas; y así el inga con proveerles de lana los daba por vestidos. Todos sabían labrar la tierra y beneficiarla, sin alquilar otros obreros. Todos se hacían sus casas, y las mujeres eran las que más sabían de todo, sin criarse en regalo sino con mucho cuidado sirviendo a sus maridos»⁴⁶.

⁴⁴ *Op. cit.*, 1. y cap. id., p. 400. Los conocimientos astronómicos y cosmológicos en general, ciertas técnicas de medición, así como iniciación a las artesanías y algunas costumbres folklóricas proceden de antiguas tradiciones y de estadios primitivos de la cultura americana. Precisamente se conocen, cada vez con mayor precisión, varios ejemplos de culturas arcaicas americanas y de civilización precolombina (Cfr., por ejemplo, HAGEN, VICTOR VON: *Culturas preincaicas*. Madrid, Guadarrama, 1966; KAUFFMANN DOIG, FEDERICO: *Arqueología peruana*. Lima, Iberia, S. A., 1970; GIRARD, RAPHAEL: *Historia de las Civilizaciones antiguas de América*. 3 vols. Madrid, Istmo, 1976-1977; ID., *Origen y desarrollo de las civilizaciones antiguas de América*. México, Editores Mexicanos Unidos, 1977. En la Exposición Universal de Sevilla de 1992 (Expo '92) se exhiben 92 tesoros hallados recientemente en Sipán, al norte del Perú, muy cerca de Pampa Grande. Se trata de un importante legado funerario de la cultura mochica, la cual se adelantó en un milenio a la civilización incaica. Dicha muestra preincaica se expondrá, concluida la Expo '92, en Los Angeles, Chicago, Nueva York y México.

⁴⁵ *Op. cit.*, 1. id., cap. 16, pp. 425-426.

⁴⁶ *Op. cit.*, 1. y cap. id., p. 425.

Parece que esta formación globalista, para subvenir las diferentes necesidades vitales, sea la propia de una primera etapa de la civilización agrícola, cuando las ciudades no han adquirido todavía su desarrollo y cuando no se han establecido y diferenciado los oficios en la vida ciudadana. El hombre es labrador, que cultiva su propio campo; es albañil, que sabe construir su casa; es tejedor, que hace sus vestidos; y es ganadero, carpintero, herrero y artesano en general; también es, hasta cierto límite, su propio médico. Las mujeres participan activamente en estas labores, especialmente en las agrícolas —donde, a veces, realizan un papel primordial—, y cuidan de la casa y de la prole. En los trabajos de prospectiva, en nuestra época, se propugna una educación polivalente, para hacer frente a la variabilidad y cambios profesionales que se producen y se producirán cada vez más ante la evolución, cambio y necesidad de adaptación. Incluso algún futurólogo, como Alvin Toffler, cree advertir que en un próximo futuro hará falta volver a la «producción para el uso», superando la «producción para el intercambio», propia de la sociedad industrial. Hará falta, cree, un «resurgimiento del prosumidor», es decir, el de las personas que sean consumidoras de lo que ellas mismas producen. La línea de separación entre productores y consumidores, piensa, tenderá, en buena parte, a difuminarse, a superarse⁴⁷. Entre los indios peruanos, según la interesante descripción de Acosta, había oficios para quehaceres especiales y para el servicio de los señores; mas en la vida común y corriente, la gente hacía sus labores u oficios domésticos sin necesidad de profesionales externos especializados. «Otros oficios —explica nuestro autor— que no son para cosas comunes y ordinarias de la vida humana tenían sus propios y especiales oficiales, como eran plateros y pintores y olleros y barqueros y contadores y tañedores, y en los mismos oficios de tejer y labrar o edificar había maestros para obra prima, de quien se servían los señores. Pero el vulgo común, como está dicho, cada uno acudía a lo que había menester en su casa, sin que uno pagase a otro para ello, y hoy día es así, de manera que ninguno ha menester a otro para las cosas de su casa y persona, como es calzar y vestir, y hacer una casa, y sembrar y coger, y hacer los aparejos y herramientas necesarias para ello»⁴⁸.

Acosta recuerda que ésa era una manera de proceder de los antiguos monjes. «Y cuasi en esto imitan los indios a los institutos de los monjes antiguos, que refieren las Vidas de los Padres». Se trata, en verdad, piensa nuestro autor, de una vida modesta, poco ambiciosa y poco dispendiosa, que sabía obrar moderadamente, sin condicia y sin afán de regalo o deleite. «A la verdad —escribe— ellos son gente poco codiciosa ni regalada, y así se contentan con pasar bien moderadamente, que cierto si su linaje de vida se tomara por elección y no por costumbre y naturaleza, dijéramos que era vida de gran perfección, y no deja de tener harto aparejo para recibir la doctrina del santo Evangelio, que tan enemiga es de la soberbia y codicia y regalo». Acosta cree necesario añadir: «Pero los predicadores no todas veces se conforman con el ejemplo que dan con la doctrina que predicán a los indios»⁴⁹.

Para terminar el capítulo sobre aprendizaje de los oficios, el autor destaca las diferencias regionales —o provinciales si se quiere— en los trajes y vestimenta de los indios, dato folklórico muy interesante. «Una cosa es mucho de advertir, que es con

⁴⁷ TOFFLER, ALVIN: *La tercera ola*. Trad. Adolfo Martín. Barcelona, Plaza & Janés, 1980, cap. XX, «El resurgimiento del prosumidor», pp. 261-281.

⁴⁸ *Op. cit.*, 1. y cap. id., p. id.

⁴⁹ *Op. cit.*, 1. y cap. id., pp. 425-426.

ser tan sencillo el traje y vestido de los indios, con todo ello se diferencian todas las provincias, especialmente en lo que ponen sobre la cabeza, que en unas es una trenza tejida y dada muchas vueltas, en otras ancha y de una vuelta, en otra unos como morteretes o sombreroelos, en otras unos como bonetes altos redondos, en otras unos como aros de cedazo, y así otras mil diferencias». El traje propio se mantenía, aunque uno se trasladase; en cierta manera la modalidad provincial imprimía carácter. «Y era ley inviolable no mudar cada uno el traje y hábito de su provincia, aunque se mudase a otra, y para el buen gobierno lo tenía el inga por muy importante, y lo es hoy día, aunque no hay tanto cuidado como solía»⁵⁰.

Sin duda podrían entresacarse muchos otros puntos de interés cultural-educativo de la magnífica narración cosmológica y culturoológica que es la *Historia* de José de Acosta. Pero con los temas expuestos creemos haber dado una muestra del interés sociopedagógico que ofrecen varios pasajes de dicha importante obra del mencionado autor, cuya valía cultural, antropológica y educativa supera —con ser ya valiosa— la mera condición de historiador de Indias.

⁵⁰ *Op. cit.*, 1. y cap. id., p. 426. Es interesante este dato folklórico, igualmente seguido por otros pueblos (entre los pueblos de España también se daba esta costumbre; cfr. CARO BAROJA, JULIO: *Los pueblos de España. Ensayo de Etnología*. Barcelona, Edit. Barna, «Layre», 1946; también, en otro sentido, FLORES, CARLOS: *Pueblos y lugares de España*. Madrid, Espasa-Calpe, 1990), que contrasta con la internacionalización y en cierta forma uniformización propia de nuestra época. Por lo demás, hemos aprendido de América tanto o más que lo que América aprendió de nosotros. Dimos y nos dieron. Se puede hablar de lo que el Viejo Mundo debe al Nuevo Mundo. Nuestra deuda se renueva constantemente, volviendo de algún modo a la utopía inicial y reconociendo el valor de la «contraconquista» (FUENTES, CARLOS: *Valiente Nuevo Mundo*. Madrid, Mondadori, 1990). Para los diversos aspectos de la evolución histórica de la América Hispanolatina conviene tener en cuenta la obra de BETHELL, L. (Ed.), *Historia de América Latina*. Cambridge University Press. Ed. cast., Madrid, Crítica Edit., 8 vols., 1987-1992.